

Invisibles

José Gordon

¿Quién no ha tenido la tentación de volverse invisible? La literatura, el cine y la televisión registran el deseo de esta posibilidad. En 1896, H.G. Wells escribió por entregas que se publicaban en una revista, la novela *El hombre invisible*. Borges recuerda que cuando era chico su padre le regaló este libro. Cuando cumplió ochenta y seis años, decía que ya nada más quería la condición de ser invisible. Ese mismo deseo fue expresado por Pablo Neruda: “Yo no soy superior / a mi hermano / pero sonrío, / porque voy por las calles / y sólo yo no existo, / la vida corre / como todos los ríos, / yo soy el único / invisible”.

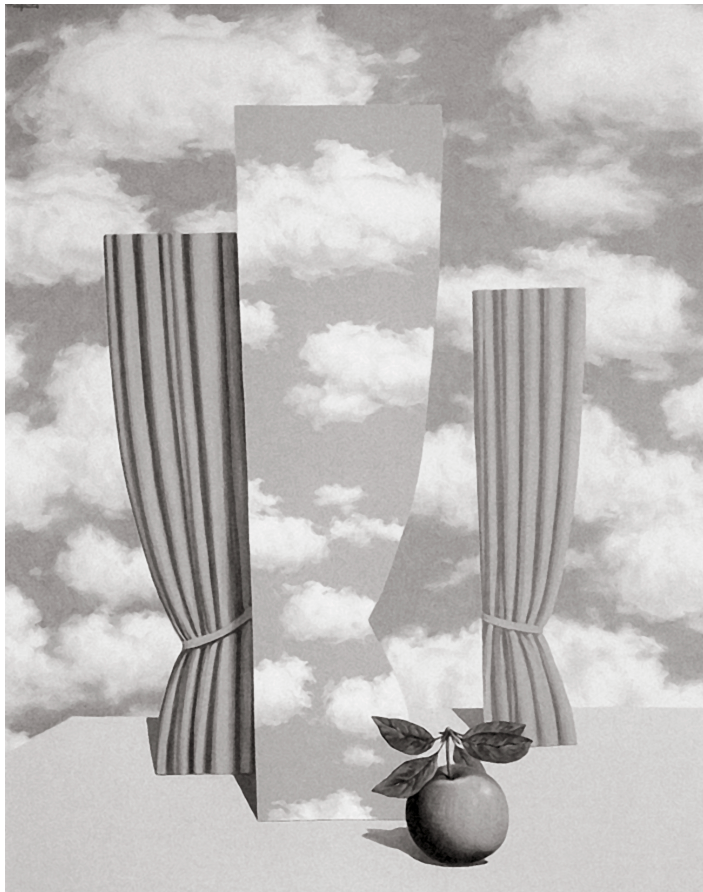
El novelista Amos Oz me comentó alguna vez que su más grande anhelo era ser

como una mosca que pudiera entrar en la habitación de otra familia para oírlo todo, para retratarlo todo sin que nadie lo viera. ¿Quién no ha deseado ser parte de la lluvia de hombres invisibles de los cuadros de Magritte? Sólo hay que ponerles un bombín o un sombrero negro para apreciar cómo sus rostros se funden con el cielo.

Ésta es la sensación que recorre a la novela más reciente de Homero Aridjis, *Los invisibles*. La historia es detonada por la lectura de Aridjis de una crónica del historiador francés Gabriel Naudé: en 1623, en medio del pánico, llegó a la Ciudad Luz un ejército de invisibles pertenecientes a la orden secreta de los rosacruces. Siglos después, en el París actual, un fotógrafo pasea

por las calles de esta ciudad con la posesión de un secreto que dota a los hombres de la invisibilidad. Por ello es perseguido por grupos que ansían por diversas razones su condición.

En esta trama se enredan intrigas, misterios iniciáticos, los juegos de luz de los vitrales de las catedrales del Medievo, sabios judíos de Rumania, agentes de las Guardias de Hierro, conocimientos de ciencia, de metamateriales para ocultar de la vista a un objeto (hay que decir que las potencias militares desarrollan realmente este tipo de investigaciones). Estamos ante la búsqueda de una fórmula misteriosa, a la que podríamos llamar con ironía el Código de Aridjis, pero lo interesante es que la clave para des-



René Magritte, *El bello mundo*



René Magritte, *El hijo del hombre*



René Magritte, *Golconde*

cifrar estos secretos es real. Es una clave poética. Por eso la trama que en realidad me interesa es la de un escritor que camina por las calles de París y sabe que “el hombre es el conjunto de sus imaginaciones”. Se trata de Homero Aridjis que camina por las avenidas de una ciudad de la que está enamorado y que sabe de memoria los versos de Carlos Pellicer: “Mudo espío, mientras alguien voraz a mí me observa”. El poeta Aridjis camina invisible, extranjero del mundo como lo son todos los escritores, para imaginar los deseos que flotan en el aire en una ciudad de luz como París.

En el libro *Atrapar al pez dorado*, el cineasta David Lynch nos habla de la luz de la ciudad de Los Ángeles y alaba una cualidad invisible pero real que se encuentra en esa región que es un surtidor de imágenes de la conciencia colectiva, esa luz lo llena con un sentimiento de todas las posibilidades. Lo mismo pasa con el París de Aridjis. Su ojo cronista tiene la capacidad de fotografiar un

paisaje y a la vez logra la hazaña que Francis Picabia consideraba imposible: fotografiar lo que se tiene dentro de la cabeza. Eso es exactamente lo que hace Homero Aridjis. Captura el paisaje que tiene en la cabeza un invisible, un artista, un poeta. La clave, nos dice Aridjis, es “consignar en detalle tu existencia visible hasta acceder al mundo invisible”. El ojo-lente quiere registrar todo. Así, la novela se vuelve un ejercicio de visibilidad e invisibilidad. Fotografiarlo todo es en la tentación. Ver a los otros, imaginar sus historias, ver los paraísos del Metro, en donde dice Aridjis que se aprecian ramilletes de rostros, traseros de mezclilla, montes de Venus manchados de chocolate, cuerpos abriéndose como frutas maduras, mientras el poeta es invisible en la romería de miradas de los bulevares a las seis de la tarde.

Para asomarnos a la trama oculta de esta novela hay que fotografiar lo que sucede dentro de la cabeza de Homero Aridjis cuando camina por las calles de París e

imagina a un grupo invisible de rosacruces que en el siglo XVII desató una epidemia de transparencia. Aridjis describe su llegada: “Solos o en grupo, de la plataforma a la barandilla se camuflaban con árboles, estatuas, arcos y pilares. Sus caras color ámbar marchito daba la impresión de transparentarse bajo el sol quemante, mientras en suaves ondulaciones el Sena fluía manso”.

En el jardín de Luxemburgo se les percibía como sombras en los muros blancos. Los hermanos rosacruces viajaban invisiblemente como mercantes de la luz. El ojo de Aridjis está a la cacería de imágenes maravillosas que no tienen imagen. Así, podemos ver, por ejemplo, a una gata que flota en el aire y tiembla de miedo sobre unas piernas invisibles. En una mesa hay una mujer que habla sola, una silla que se mueve sin nadie, una taza de café que se levanta de la mesa, un vaso de agua que se bebe a sí mismo.

Dentro de esta novela que a veces bordea en el ensayo, en la investigación de los mitos sobre la transparencia, en la viñeta irónica y llena de humor, se teje de manera intermitente un poema, una respiración secreta que nos habla de una percepción con la que todos hemos soñado. Escribe Aridjis: “La máscara que cubre nuestra Cara / Oculta la Transparencia de la Materia vana. / Sólo aquellos que perciben lo Invisible / Son capaces de apreciar lo Visible”.

Si quitamos la máscara, cuerpos y cosas se internan en la invisibilidad. En esa zona, paradójicamente, flota también lo visible. Por eso en las culturas antiguas se afirma que el sabio es el que ve silencio en la actividad y actividad en el silencio. Así como en *Alicia en el país de las maravillas* podemos percibir la sonrisa del gato Cheshire sin gato, en *Los invisibles* (FCE), podemos también leer el libro sin libro que nos regala Homero Aridjis a sus setenta años. **U**

¿Quién no ha deseado ser parte de la lluvia de hombres invisibles de los cuadros de Magritte? Sólo hay que ponerles un bombín o un sombrero negro para apreciar como sus rostros se funden en el cielo.